

nidad desarmase á sus enemigos. Y para que ninguna duda quedase de que tales eran sus intenciones, por aquellos días dió de alta á los últimos oficiales que habían quedado sin colocación á consecuencia del pronunciamiento de octubre.

En los momentos en que eran puestos en libertad los presos de Hocabá, los bárbaros, alentados con su triunfo de Donotchel, comenzaron á posesionarse de los pueblos y fincas de las inmediaciones de Peto, y acabaron por sitiar á la misma villa. Poco cuidado habría dado este sitio á D. Eulogio Rosado en circunstancias normales, porque aun tenía los elementos necesarios para defenderse; pero el rumor que circulaba entonces con más consistencia que nunca, de que los indios no tenían otro objeto que el de restituir al poder á D. Miguel Barbachano, desanimaba á los defensores de la plaza é incitaba á la deserción. Los mismos indios daban pábulo á esta creencia, vitoreando unas veces al Sr. Barbachano desde sus posiciones, y pidiendo otras conferenciar con los sitiados para manifestar que depondrían las armas si se abolía la contribución personal y se moderaban los derechos parroquiales. Ninguna de estas manifestaciones era sincera, como probaremos más adelante, y lo único que se proponían los sublevados era mantener la división entre los blancos, con el objeto de dominar más fácilmente sobre ellos.

La desmoralización que reinaba entre los defensores de la plaza, no impidió que D. Eulogio Rosado librara algunos combates contra los bárbaros. Dos que se empeñaron por los caminos de Nohcacab y Tzucacab dieron un resultado satisfactorio, porque se le quitaron al enemigo varias provisiones de boca y dejaron el campo regado de cadáveres. Pero estos triunfos parciales no bastaron para alejar la sospecha de que los indios peleaban por una causa política, y las mismas fuerzas del Ligero, en quienes tenía depositada su mayor confianza D. Eulogio Rosado, comenzaron

á desertarse del campamento. Esta deserción llegó á tal extremo, que hubo día en que amanecieron abandonados completamente varios de los puestos avanzados más importantes. Algunos de estos desertores iban á parar al rancho Sacsucil, cuyo propietario, D. Felipe Rosado, vivía allí en unión de otras muchas personas, que se reían de la guerra de indios y parecían esperar tranquilamente el triunfo del partido barbachanista.

Don Eulogio Rosado comenzaba á desesperar de la salvación de Peto, porque no tenía confianza en ninguna de las personas que le rodeaban. Y no le faltaba ciertamente razón, porque solían hacerse algunos descubrimientos que probaban claramente la inteligencia en que algunos partidarios de Barbachano estaban con los indios. Un día fueron sorprendidas en la misma villa algunas armas y mochilas que contenían pólvora y plomo, con esta inscripción: *Para Jacinto Pat, ó para D. Felipe Rosado, en Sacsucil*. La noria que proveía de agua á toda la tropa, se encontraba frecuentemente inutilizada, y por último fué aprehendido en la hacienda Thul un hombre blanco, de quien se dijo que iba á conferenciar con los indios. El Sr. Rosado ya no creyó posible entonces su permanencia en Peto, y resolvió desocupar aquella plaza, con el principal objeto de conservar la fuerza que aun permanecía fielmente bajo sus órdenes.

La desocupación se verificó en la noche del 6 de febrero, saliendo bajo el amparo de la guarnición un gran número de familias blancas, que expresaban con gritos de dolor el sentimiento que les causaba el abandono de sus hogares. Tal era, sin embargo, la persuasión que existía de que los indios peleaban en defensa de una causa política, que otras muchas familias se quedaron en la misma villa y sus inmediaciones, con la esperanza de que Jacinto Pat les daría todo género de garantías. En cuanto á los emigrados y á la guarnición, llegaron al día siguiente á Tekax, sin que los

indios los hubiesen hostilizado mucho durante su marcha; á pesar de lo cual dejaron en el camino la artillería y varios carros de parque, á causa del desorden con que se verificó la retirada. Don Eulogio Rosado no se atrevió á dirigir al gobierno ninguna comunicación oficial sobre este suceso, y se limitó á enviarle al coronel D. Jerónimo López de Llergo para que expusiese verbalmente los motivos de su conducta y pidiese al mismo tiempo que se mandase á otro jefe á relevarle (8).

Profunda sensación causó en Mérida la noticia de la desocupación de Peto, porque se creía que con la guarnición de más de mil hombres que aun conservaba hasta principios de febrero, podría sostenerse algún tiempo más en espera del refuerzo que se le estaba preparando. Don Santiago Méndez, que aun residía en Maxcanú, puso inmediatamente una comunicación á D. Miguel Barbachano, en que le confería la delicada misión de pasar al Sur para conferenciar con los indios, escuchar sus quejas y hacerles todas aquellas concesiones que creyese necesarias para que volviesen á la obediencia del gobierno y se restableciese la paz en el Estado. Si se tiene presente que los sublevados habían aclamado á Barbachano en Peto, con el objeto de justificar la preocupación algo generalizada de que combatían por una causa política, no podrá menos de llamar la atención la habilidad de este paso, sea que su autor se hubiese propuesto el sincero objeto que expresaba su nota (lo que no tenemos ningún motivo para dudar) ó que hubiese querido poner en evidencia á su antagonista. D. Miguel Barbachano se apresuró á aceptar, y el 8 expidió un manifiesto en que, después de expresar que partía con gusto al desempeño de la misión que se le había confiado,

(8) *La Unión*, números 21, 22 y 23.—BAQUEIRO, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán*.—Noticias adquiridas por el autor, de testigos dignos de todo crédito.

excitaba á los yucatecos á unirse sinceramente para salvar al país del grave peligro en que se hallaba á causa de la sublevación indígena.

Pocos días antes de estos sucesos, el Dr. D. José María Guerra, obispo de la diócesis, había publicado una pastoral dirigida en lengua maya á los indios, en que les hacía saber que había nombrado á los sacerdotes D. José Canuto Vela, D. Manuel S. González, D. Manuel Ancona y D. Jorge Burgos para que pasasen á escuchar sus quejas, á fin de exponerlas en seguida á las autoridades superiores del Estado y alcanzar el remedio que fuera posible. Don Miguel Barbachano salió de Mérida, en unión de estos eclesiásticos, en la tarde del 15 de febrero, llevando en calidad de secretario al magistrado D. Gregorio Cantón y escoltado por una fuerza de caballería. Todos llegaron á Tekax en la noche del día siguiente; pero por aquella época se habían verificado ya algunos sucesos que comenzaron á hacerles dudar del éxito de su misión.

Después de la desocupación de Peto fué cuando Jacinto Pat, jefe de los sublevados del Sur, comenzó á desarrollar la política que formaba la base de sus planes de ambición. No deseando exterminar á la raza civilizada, sino dominarla, otorgó toda clase de garantías á los blancos y sus familias que permanecieron en aquella villa y sus inmediaciones, y entretanto continuó la guerra para ensanchar la esfera de la insurrección. Este último objeto se lograba sin ninguna dificultad, porque á medida que avanzaban los sublevados, se les incorporaban espontáneamente todos los indios de los pueblos, haciendas y ranchos por donde transitaban. Merced á este sistema, la sublevación indígena adquirió en el Sur un impulso extraordinario desde principios de febrero, y todas las poblaciones y ricos establecimientos situados entre Peto y Tekax comenzaron á caer paulatinamente en poder de Jacinto Pat ó sus cooperadores. Estos últimos, que eran los indios recientemente

alzados, obraban bajo sus propias inspiraciones y cometían mayores atrocidades que todos los demás. He aquí cómo se expresaba una carta dirigida desde Tekax á un vecino de la capital: «Desde cuatro leguas de esta para arriba, no queda ya piedra sobre piedra; ranchos, haciendas, cañaverales y todo cuanto ha podido ser presa de las llamas, ha sido condenado al fuego por estos caribes..... pero estos nuevos incendiarios no pertenecen á Pat ni á ninguno de los otros caudillos, sino que son criados alzados para quedar en paz con sus amos, unidos á algunos indios de por allá del despoblado, ó la Laguna, que no reconocen jefe ni cosa que á ello se parezca» (9).

Una de las primeras víctimas de estos excesos fué el mismo D. Felipe Rosado, por cuya imprudente conducta había sido abandonada la villa de Peto. Retirado á su rancho Sacsucil, donde, como hemos dicho, vivía ajeno de todo cuidado en unión de algunos barbachanistas y sus familias, se llenó de sorpresa y de terror cuando vió un día invadida su propiedad por una turba de sublevados. No habiendo podido organizar ninguna defensa, porque no estaba preparado para ella, los indios incendiaron el rancho y mataron ó malhirieron á treinta y seis personas, entre las cuales se contaba un hijo del propietario. Los que consiguieron fugarse pasaron terribles zozobras, porque fueron perseguidos hasta en la espesura de los bosques (10).

Don Eulogio Rosado, que continuaba encargado del mando de las tropas que operaban en el Sur, no encontró otro medio mejor, para contener los avances de los sublevados, que el sistema de guerrillas aconsejado por el general don Martín F. Peraza desde el principio de la sublevación. Una que se dirigió á Tixmeuac, dispersó algunos grupos insig-

(9) Periódico oficial, número 24.

(10) El mismo periódico, número 23.

nificantes de indios que encontró en su tránsito. Otra que fué puesta á las órdenes de D. Víctor García, y que fué destinada á Teabo, tuvo varios encuentros con los sublevados en el camino de Cantamayec, en el rancho San Bonifacio, en el de Chulul, en el sitio San Pedro y en la hacienda Xcopán, en todos los cuales causó grandes estragos al enemigo.

La guerrilla que fué destinada á Becanchén, tuvo una suerte desastrosa. Sitiada por los numerosos indios de la comarca que habían tomado parte en la sublevación, se vió al fin en la necesidad de retirarse, abriéndose paso á sangre y fuego entre los sitiadores. Otra guerrilla, en fin, que á las órdenes del oficial D. Laureano Pérez salió de Tekax á consecuencia del suceso de Sacsucil, llegó hasta las inmediaciones de Peto y batió con el mejor éxito posible á las partidas de sublevados que intentaron oponerse á su marcha. También se dirigió á Becanchén, con el deseo de auxiliar á su guarnición; pero cuando llegó allí, el pueblo había sido ya desamparado y reducido á cenizas.

Mientras tenían lugar estas expediciones, D. Miguel Barbachano comenzaba á dar desde Tekax los pasos necesarios para ponerse en contacto con Jacinto Pat, no obstante que la tragedia de Sacsucil debía de haber causado una honda decepción en su ánimo. Pero para que se comprenda la importancia de las negociaciones que se iban á entablar con los sublevados del Sur, se hace ya necesario dirigir una mirada al centro y al oriente de la Península, donde la guerra social avanzaba por aquella época con pasos de gigante.